

Nueva Sociedad Separatas

Gilberto Dupas

Tensiones democráticas y sociedad global de la información

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 196, marzo-abril 2005, pp
62-76.



Tensiones democráticas y sociedad global de la información

Para la sociedad civil y los gobiernos, los medios electrónicos e internet tienen un enorme potencial que permite expresar los derechos ciudadanos y comunicar valores, pero presentan graves riesgos, pues van constituyendo un elemento más en la disolución de las antiguas soberanías nacionales, del control del Estado y de los límites entre las esferas pública y privada. A fin de construir un mundo mejor, frente al avance de las nuevas tecnologías –como la de la información– en beneficio de la mayoría de los ciudadanos, sería necesario revisar el mito del progreso asumido por la sociedad global, radicalizando el ejercicio de la ciudadanía y de la práctica democrática.

Gilberto Dupas

La sociedad de la información asumió el mito del progreso. Sin embargo, si la ciencia y la técnica no cesan de sorprender y revolucionar, esta pareja vencedora es simultáneamente hegemónica y precaria. El capitalismo global se

Gilberto Dupas: presidente del Instituto de Estudios Económicos e Internacionales (IEEI); coordinador general del Grupo de Coyuntura Internacional de la Universidad de São Paulo (Gacint / USP); co-editor de la revista *Política Externa*, y autor, entre otros libros de *Tensões Contemporâneas entre o Público e o Privado*, Paz e Terra, 2003.

Palabras clave: tecnologías de la información, sociedad de la información, democracia, globalización.

Nota: La primera parte de este artículo resume argumentos del libro del autor, *Ética e Poder na Sociedade da Informação*, Unesp, 2001. La segunda sintetiza los análisis contenidos en su último libro *Atores e Poderes na Nova Ordem Global*, Unesp, 2005.

posesionó de los destinos de la tecnología, liberándola de ataduras metafísicas y orientándolas de manera exclusiva hacia la creación del valor económico. Transformados en factor fundamental en la disputa de los mercados y en la acumulación capitalista global, los vectores tecnológicos se desvincularon definitivamente de consideraciones de naturaleza ética, social o de políticas públicas. En la actualidad, la mayoría de los científicos de los laboratorios de investigación internacionales se dedican al desarrollo de tecnologías para las grandes corporaciones globales; si, por un lado, ellas responden a las demandas del mercado, por el otro tienen la obligación de elegir la tasa de retorno de la inversión de sus accionistas como criterio central en la definición de sus objetivos. Si la consecuencia de ese desarrollo es, por ejemplo, un masivo aumento del desempleo debido a la radical automatización, esta carga pasa a ser transferida a la sociedad, tenga ésta o no la estructura para lidiar con la cuestión. La paradoja está en todas partes. La capacidad de producir más y mejor no cesa de crecer. Acéptese que tal progreso empeore la distribución de la renta y haga aun más precario el trabajo. Las tecnologías de la información reducen el espacio. El mundo de la *performance* rinde culto al optimismo. Por otro lado, crece el sentimiento de impotencia frente a los impases, a la inestabilidad, a la precariedad de las conquistas. El encantamiento y la desilusión se alternan.

Con la tecnología de la información, nunca la tiranía de las imágenes y la sumisión al imperio de los medios de comunicación fueron tan fuertes. La vida en las sociedades contemporáneas se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos. Guy Debord afirmaba que la dominación de la economía sobre la vida social acarrió una degradación del «ser» hacia el «tener». Luego, se operó un deslizamiento generalizado del «tener» hacia el «parecer-tener». A las grandes masas excluidas de la sociedad global solo les queda identificarse a través del espectáculo global, instantáneo y virtual. Los programas de auditorio sustituyen los tribunales y la vida real, propiciando juicios, procesos de conciliación y *reality-shows*, y garantizan, como en la lotería, la esperanza del rescate de la exclusión mediante la visualización del premio del otro, o del sueño de su fugaz minuto de gloria. Las nuevas tecnologías generan productos de consumo radicalmente nuevos. El teléfono celular e internet, símbolos de la interconexión, pasan a ser una condición de felicidad. El hombre vuelve a ser rey exhibiendo su intimidad como mercancía, o identificándose con los nuevos iconos, héroes de los medios electrónicos transformados ellos mismos en mercancía o identificados con marcas globales.

En medio de las turbulencias por las cuales atraviesan las sociedades contemporáneas, actuamos como si la supervivencia de la humanidad en tanto especie

estuviese garantizada. Sin embargo, la existencia humana dependerá de que seamos capaces de establecer contratos a largo plazo con nuestro futuro. Si destruimos los frágiles equilibrios en nombre de lo que denominamos progreso, ni siquiera nosotros sobraremos. Cada avance tecnológico es una especie de prótesis artificial, dependiente del avanzado *know-how* y de la intensa administración, introduciendo riesgos a largo plazo. Somos una familia que despilfarra irresponsablemente su parco patrimonio y que depende cada vez más de nuevos conocimientos para mantenerse viva. De hecho, si hipotéticamente quitamos la electricidad a una tribu de aborígenes australianos, casi nada acontecerá. Si hacemos lo mismo a los habitantes de California, los sistemas colapsarán y millones morirán.

Perseverancia, autocontrol, curiosidad, flexibilidad e improvisación, valores que los antiguos enseñaban a los niños a través de los ritos, actualmente son sustituidos por la velocidad, la lógica y la razón. Se abre una brecha entre las generaciones. Para los más jóvenes hacen parte de la naturaleza de las cosas lo efímero, lo nuevo y las modas, los cambios y la precariedad, la rapidez y la intensidad, la discontinuidad y lo inmediato. La urgencia destruye la capacidad de construir y esperar. Bombardeado por los medios electrónicos que asocian la felicidad con el consumo de marcas globales, el joven excluido –receptor de la misma imagen que el incluido– tiene como alternativas conseguir a cualquier precio el nuevo objeto del deseo o reprimir una aspiración manipulada por el interés comercial.

Las grandes redes de medios de comunicación electrónica, a través de la difusión continua de los acontecimientos mundiales, introducen una secuencia ininterrumpida de imágenes y mensajes en que el tiempo se disuelve, el sentido que las une desaparece, y sobra solamente un encadenamiento de carácter espectacular. Es el reinado del *flash*, del *spot*, del *clip*, que concentra el tiempo, convierte la brevedad en intensidad, transforma el momento emocional en un momento central.

Las nuevas tecnologías vienen siendo legitimadas por los impresionantes resultados de algunos de sus éxitos, propiciándoles una aureola mágica y determinista, ubicándolas por encima de la razón y de la moral. La razón técnica sería su lógica propia y un poder sin límites. Una vez que matamos los dioses ¿por qué no creer en los magos de la ciencia que nos prometen la felicidad y la vida eterna? Posiciones cautelosas con relación a los alimentos transgénicos, objeciones éticas en cuanto a los inmensos riesgos de la manipulación genética y reacciones en contra del desempleo generado por la automatización radical,

todo es visto como una posición reaccionaria de quien no desea el progreso. Sin embargo, los costos sociales ambientales acarreados por el cambio en los patrones tecnológicos, parecen graves e inevitables. Aunque habrá nuevos dominios para el poder creador y la actividad de los hombres, la técnica al servicio del capital es una devoradora del trabajo: ayuda a suprimir empleos, en lugar de crearlos. Todo ocurre como si la técnica se tornase una potencia lejana que designa los «sacrificados» en las sociedades de la posmodernidad. Ahora la ciencia es el centro; el científico, el sumo sacerdote; la filosofía fue relegada a la periferia. «Saber hacer» alejó el «por qué hacer». El científico actual tiene ojos para la realidad, mientras que el filósofo actual solo tiene ojos para el científico, y tiende a sucumbir poseído por la inferioridad frente al éxito de la ciencia. El técnico aspira tornarse un dios cibernético. Hoy, las tecnologías de la información y de la automatización están presentes en todos los lugares. Componen las escenas de la vida cotidiana, instaladas en nuestra intimidad. Son hijas del deseo, compañeras ambiguas y desconcertantes. Operan con autonomía y pueden pervertirse, hacerse nefastas y agredir al propio hombre.

*Las redes globales
virtuales
constituyen
la nueva
morfología social
en la era
de la información*

Los partidarios de la autonomía de la técnica argumentan con su neutralidad un atributo básico de inocencia, que la haría inmune a los criterios maniqueístas de «bueno» o «malo». Sin embargo, la alianza de los espacios sociales con las técnicas se negocia continuamente, requiere de ciudadanos claros, vigilantes y críticos, no de consumidores deslumbrados. La tecnología es una producción de libre arbitrio del hombre y de su cultura, informado por sus valores y ética. El vector tecnológico puede tener el rumbo que la sociedad desee, siempre que sea capaz de organizarse en función de los intereses de la mayoría de sus ciudadanos.

El mayor problema para recuperar el control sobre la ciencia –a partir de nuevas referencias éticas– es que el Estado en las sociedades posmodernas sigue en una fase de desmontaje. Sus antiguos roles ya no son posibles, y los nuevos tampoco están claros. Los partidos políticos y liderazgos mundiales están involucrados en una crisis de legitimidad, sea por la disonancia creciente entre el discurso y la praxis, o por la creciente influencia del poder económico en los procesos democráticos, hecha pública por las amplias denuncias de corrupción. En consecuencia, los Estados nacionales y sus partidos políticos debilitan su condición de legítimos representantes de las sociedades civiles, lo que nos remite a la cuestión de la representatividad de las democracias en las sociedades posmodernas. Es necesario, pues, profundizar la discusión respecto del papel inductor y regu-

lador del Estado, o sea, si le cabe a él –o a la sociedad civil por su intermedio– definir patrones éticos que condicionen la aplicación de las nuevas técnicas y el ejercicio de las hegemonías producto de las mismas. La búsqueda de una nueva hegemonía de la sociedad civil sobre la cual sea posible reconstruir un Estado apto para lidiar con los desafíos de la sociedad posmoderna presupone revisar la idea de progreso, sin renunciar a que los pueblos deban tener derecho a los beneficios de la ciencia y de la técnica. La cuestión central es indagar hasta qué punto los revolucionarios instrumentos disponibles por medio de las tecnologías de la información pueden tener cabida en este camino.

Redes virtuales, nuevas armas de ciudadanía y práctica democrática

Parece útil reflexionar un poco más sobre las formas directas de representación social y política: la llamada democracia directa con ausencia de representación y la democracia representativa, donde los electores transfieren derechos, deberes y expectativas a los profesionales de la política. José Arthur Giannotti nos recuerda que Marx retoma la idea griega según la cual el ser humano sería antes que nada social, pero, inducido por Hegel, acaba planteando como ideal socialista la abolición de la política a través de una democracia social. La lucha por la democracia pasaría entonces por «poner la entidad abstracta del pueblo en el lugar del soberano idealizado». Pero como querer una ley –reivindicada por los agentes de la sociedad civil– significa también ser el curador de esta ley, la contradicción intrínseca a la democracia directa está creada. El pensamiento clásico lo resolvía por la supuesta continuidad entre formular una ley y seguirla. O sea, siempre será necesario un curador de la ley, que arbitre entre las demandas y tenga el poder de regular y castigar; actualmente este es el papel del sistema político. Dicho esto, pregunta Giannotti, «¿cómo abolir el hiato entre la sociedad civil y la sociedad política a no ser con un Estado autoritario?». Esa paradoja visualiza el problema de los movimientos sociales más como provocadores de nuevos paradigmas de instrumentos de expresión junto a la clase política y la opinión pública, que como agentes políticos plenos de una sociedad que necesita continuamente del arbitraje para administrar sus conflictos.

El concepto de ciudadanía engloba necesariamente el enfrentamiento de la complejidad de los conflictos por los derechos emanados de una sociedad fragmentada por la multiplicación de las desigualdades sociales. La condición esencial para la práctica de la ciudadanía es la manifestación de los conflictos y su mediación por la sociedad política. La ciudadanía se adquiere a través de la cooperación, la negociación, la convergencia de intereses y del intento de apaciguar los conflictos inherentes a la sociedad contemporánea.



***Escala,
 interactividad,
 flexibilidad
 y costos son
 las principales
 conquistas de
 la producción
 en red***

Francisco de Oliveira dice que la lucha por la ciudadanía es un embate por significados, por los derechos a la expresión y a la política, que se realiza apropiándose del léxico de los derechos y redefiniéndolos en otro nivel más amplio. Es en la sociedad civil donde se segrega y se produce la ideología, cemento que amalgama el consenso, permanentemente contestado por el disenso. Sin embargo, la sociedad civil pasó a designar –en los discursos de las ONGs reflejados en los medios de comunicación– un lugar del no conflicto y de la concertación, donde los intereses particulares no surgirían. Esa visión es conceptualmente falsa, así como también lo es en la práctica social y política. Ella reduce, una vez más, la sociedad civil al ámbito de los intereses y de los actores privados centrados en sus microobjetivos. Tómese como ejemplo la nueva vertiente urbanística de las revitalizaciones de los centros históricos o degradados.

Para Oliveira, la palabra revitalización ya trae su significado, pues quiere decir que, antes, allí no había nada. En el fondo, se trata solo del desplazamiento del conflicto, no de su solución. Se cambian los pobres, los mendigos, las prostitutas, los sucios tugurios y las pensiones baratas por maquillajes que acentúan los viejos y buenos tiempos. El resultado final es la revalorización de la tierra urbana y un impacto estético. Con la justificación de nuevos empleos, aumento de la renta y mejor convivencia urbana, una vez más se privatiza lo público, pero no se hace público lo privado: se eleva la renta de la tierra y la parcela de los nuevos propietarios en el excedente social; no se mejora la condición de los excluidos, pues se aleja el conflicto, precisamente el que puede redistribuir el lucro generado.

El desafío contemporáneo es, por lo tanto, intentar constituir una nueva identidad colectiva de la sociedad civil en un contexto en que las utopías se fueron y la idea de formar parte de un todo se desacreditó junto con las nociones de misión, creencia y nación. Lo que se acentúa es la necesidad inherente al ser humano de dar sentido a la vida y a su transitoriedad, y en parte, explica la nueva fuerza de los fundamentalismos. El camino democrático, cada vez más imperioso, pasa a ser la búsqueda del equilibrio entre la afirmación de las libertades individuales y el derecho a identificarse –sea con una colectividad social, nacional o religiosa particular– sin degenerar con ello en comunitarismo agresivo y sectario. Individuos y segmentos crecientes de la sociedad civil intentan resistir a esa banalización de la política. Eso presupone investigar la nueva relación de fuerzas del metajuego global y descubrir un papel que pueda ser eficaz en este juego.

Las redes globales virtuales constituyen la nueva morfología social en la era de la información, controlando el *stock* de experiencia y poder. Diferentes tipos de redes sumados a la vanguardia de internet, garantizan la vinculación entre la producción de la ciencia y su espacio de uso. Son redes los flujos financieros globales; el tejido de las relaciones políticas e institucionales que gobierna la Unión Europea; el tráfico de drogas que comanda parte de las economías y sociedades en el mundo entero; la red global de los nuevos medios de comunicación, que define la esencia de la excepción cultural y de la opinión pública.

Sin un sistema de gerencia y administración basado en internet los países tienen poquísimas oportunidades

En tan solo una década, internet transformó la lógica mundial de la comunicación y de la producción. Por primera vez en la historia, casi 1 millardo de personas –y sus instituciones– se comunican entre sí como si fuesen nudos de una misma red casi transparente: eran 16 millones en 1995, pasaron a 400 millones en 2001, serán 1.000 millones en 2005 y tal vez alcancen 2.000 millones en 2010. Este soporte tecnológico sobre el cual se organizó la llamada era de la información vino al encuentro de las exigencias de la economía, en busca de la flexibilidad y de los individuos, deseosos de la comunicación abierta. Se trata de una tecnología maleable, profundamente alterable por la práctica social. Organizada, hasta ahora, alrededor de una agencia autorreguladora privada (Icann - Internet Corporation for Assigned Names and Numbers), con sede en Estados Unidos, incorporó en su lógica inicial principios de apertura, descentralización, formación de consenso y autonomía. Sin embargo, transformándose rápidamente en un instrumento vital para la producción, la seguridad y la comunicación mundiales, internet está hoy en el fulcro de los intereses económicos y psicosociales, lo que la deja cada vez más expuesta a los *lobbies* de proveedores, grupos internacionales de medios de comunicación, grandes corporaciones y gobiernos, cada vez más atentos e incómodos ante la pretendida autonomía de este vehículo todavía fuera de control y que abre espacios inusitados a personas e ideas.

¿Existe alguna posibilidad de que una herramienta con esa importancia estratégica y operacional venga a favorecer un gran proceso de inclusión social de los segmentos de la sociedad cada vez más marginalizados por el proceso de globalización de la producción? ¿O será rápidamente transformada en una fuerza más de *apartheid*, una especie de fosa digital, teniendo ahora como referencia la calidad de inserción de los individuos en la red? Esta cuestión central fue tema de análisis y profundo desacuerdo en el reciente Encuentro Mundial sobre la Sociedad de la Información, en Ginebra. El resultado no fue nada alenta-

dor, ubicando una vez más en lados opuestos a ricos y pobres y generando una disidencia encabezada por Brasil, China, India y África del Sur, presionando para que el control de internet salga de las manos de una entidad privada norteamericana y pase a un grupo intergubernamental con sede en las Naciones Unidas.

En el nuevo juego global hay tres categorías de actores principales: los Estados nacionales, las corporaciones y la sociedad civil. Uno de los factores principales de la expansión de la internet es el hecho de que las corporaciones globales vieron en ella la oportunidad de transformar radicalmente su forma de relacionarse con proveedores y clientes, su administración y su lógica de producción. Escala, interactividad, flexibilidad y costos son las principales conquistas de la producción en red que además permitió aprovechar los enormes bolsones de mano obra barata existentes en grandes y medianos países de la periferia e incorporarlos a la lógica de la acumulación de capital.

En cuanto a la sociedad civil y los gobiernos, los medios electrónicos e internet poseen un enorme potencial para la expresión de los derechos de los ciudadanos y la comunicación de valores, pero presentan graves riesgos. La calificación del trabajador es cada vez más vital en una economía que depende de la capacidad de descubrir, procesar y aplicar informaciones *on line*. Solo que el profesional talentoso es a la vez más desechable, lo que conduce a la crítica cuestión de que la calificación es una condición cada vez más necesaria –pero cada vez menos suficiente– para la nueva forma de emplear. En el plano de la libertad individual, en la medida que más y más trabajadores dependen de la interconexión por computador, las grandes corporaciones deciden que tienen el derecho de monitorear sus redes, la gran mayoría ya ejerciendo –de forma regular– alguna forma de vigilancia. Al mismo tiempo, casi todos los *websites* recogen datos personales de sus usuarios y los procesan de acuerdo con los intereses comerciales o particulares. Las empresas de tarjetas de crédito y los gobiernos hacen lo mismo. Una tendencia obsesiva y orwelliana de vigilancia y seguridad hace que no exista ningún rincón donde podamos proteger nuestra privacidad. Para controlar eventuales delincuentes, terroristas o evasores, se invade la intimidad de todos. Los gobiernos se sienten en el pleno derecho de desconfiar de sus ciudadanos. Pero ¿tienen los ciudadanos buenas razones para confiar en sus gobiernos?

La amplitud y la intensidad del uso de internet en la mayoría de las áreas de la actividad social, económica y política producen la marginalidad de los que tienen escaso acceso a la misma. Es el *apartheid* digital. En la medida que las tecnologías se hacen más complejas, se desacelera su adopción por los grupos de

menor nivel educativo y de renta. Como la capacidad de procesar información a través de la red tiende a hacerse vital, aquellos que tienen limitaciones para aprovechar ese acceso quedan muy rezagados. Educación, información, ciencia y tecnología se tornan esenciales para generar valor en la economía basada en internet, pero exigen inversiones continuas y muy elevadas. El sistema global se inclina a ser cada vez más independiente de lugares y de personas, desechando rápidamente lo que ya no agrega valor. Es el caso de la actual transferencia de las maquiladoras de México hacia China. Ese fenómeno perverso favorece a que grandes masas de población progresivamente excluidas de las nuevas oportunidades pasen a buscar alternativas para su supervivencia en zonas ilícitas.

La ciudadanía virtual no puede reducirse a una fatalidad impuesta por la técnica

La crisis de gobernabilidad, ya instalada por la fragilidad de los Estados nacionales frente a las nuevas lógicas globales, se agrava por la incapacidad de los sindicatos y Estados de lidiar con la creciente informalidad auspiciada por las propias tecnologías de la información. Las redes globales se van constituyendo en un elemento más de la disolución de las antiguas soberanías nacionales y del control del Estado. La única manera de evitar ese proceso sería quedar fuera de las redes, lo que sería un precio demasiado alto que pagar. Sin un sistema de gerencia y administración basado en internet los países tienen poquísimas oportunidades. Así, solo queda generar un proceso de aprendizaje y adaptación lo más rápido y eficiente posible para evitar la profundización del *apartheid*, mientras se procuran brechas. Es lo que la India logró al transformarse en uno de los principales productores de *software* del mundo y al utilizar los sistemas de redes a su favor. Por otro lado, todos los cuidados serán pocos para procurar mantener un mínimo de autonomía y libertad y no permitir la profundización de la exclusión; al mismo tiempo, será necesario estimular todas las oportunidades de transformar las redes en instrumentos eficaces para acciones colectivas y la movilización de la sociedad civil.

En la medida que internet sea una red de redes, habrá pocos medios para limitar su extensión y su funcionamiento, así como para implementar controles y sanciones cuando los usos sean contrarios a la ley. Michel Miaille recuerda que, teóricamente, todo aquello que el espacio público nacido en el siglo XVIII no puede hacer, estando siempre limitado en su extensión y bajo el control del Poder Ejecutivo, el espacio de la comunicación en red lo realiza. No se le puede imponer ningún límite territorial y, por lo tanto, de cierta forma el ciudadano se enajona en una dimensión global. Lo que Rousseau no pudo poner en prác-

tica –reunir a todos los ciudadanos para un debate–, podría realizarlo la tecnología actual. Esa tecnología, sin embargo, elimina también el tiempo; todo ahora ocurre instantáneamente y puede ser inmediatamente «discutido» o votado. El espacio para la reflexión y la maduración desaparece, los ritmos de los procesos se suprimen. Y la visión optimista y universalista de los «todos en red» necesita también ser fuertemente matizada. En los países ricos el acceso a esa red y al computador hace parte de los equipos domésticos más comunes, pero en las periferias las fronteras sociales aún son determinantes, lo cual nos remite a la cuestión de cómo la democracia puede ser mejorada con el ciudadano virtual, más allá de la obvia ventaja socializadora de las ONGs y de los movimientos formadores de la contra opinión.

La decisión colectiva mediante la consulta de los ciudadanos parece, en efecto, realizar el sueño imposible de transformar inmensos países en pequeñas aldeas suizas con plebiscito en plaza pública, ahora en formato electrónico. Reunir instantáneamente a millones de ciudadanos sin movilizarlos, solicitar su opinión y, enseguida, hacerlos decidir de forma plebiscitaria sería la viabilización de una democracia directa, rápida y eficaz, dando la ilusión de que el ciudadano virtual volvería a ser el agente activo y presente de la democracia. Sin embargo, surgen enormes dificultades. El primer gran problema conceptual rescatado por Miaille es la paradoja de Condorcet, que tiene más de dos siglos: la suma de las voluntades individuales no produce necesariamente la mejor ni la más racional solución para el grupo. Esa dificultad solo será ampliada con el voto electrónico del ciudadano virtual. La legitimidad de la decisión democrática no está solo en que ella provenga de todos en un proceso abierto sino, y principalmente, en que aspire al «bien común».

El bien común no está en la simple suma de los puntos de vista individuales. Es importante recordar los largos periodos de debate y reflexión que ocurrieron en Suiza entre los plebiscitos que deliberaron sobre el uso de la energía nuclear para generar electricidad. Sin embargo, las nuevas tecnologías aíslan y refuerzan la dispersión de la decisión que cada uno podrá tomar en la intimidad de su «mesa de computador». El ceremonial de la democracia exige el desplazamiento hacia el espacio público, hacia el «fuera de la casa», ambiente ideal para construir una decisión colectiva que exige otras lógicas. Desplazarse exige un esfuerzo que concede legitimidad al acto de votar, abriendo un espacio para la reflexión que socializa el acto. Las manipulaciones mediáticas y las informaciones de último minuto difíciles de verificar estarán mucho más presentes, perturbando la toma de decisión. El liberalismo absoluto de una red en la cual todo puede ser dicho y expuesto, según Miaille, «hará a la arena democrática

parecerse a un gallinero donde rondan zorras libres. Se sabe que, en esa hipótesis, son los eslabones frágiles los que se quiebran, o sea, los ciudadanos menos advertidos o los más confiados. No se puede olvidar que la ausencia de regulación



de una red como la Internet permite, en nombre de la libertad de la circulación de las ideas, manipular de manera fuerte la información, desnaturalizándola». En la Asamblea del Consejo de Europa se viene haciendo esa advertencia.

El ciudadano virtual no estará más comprometido con la democracia por el hecho de estar conectado a una red y, mucho menos, por votar instantáneamente a través de la misma. La ciudadanía es un estatuto social y cultural que pide a los ciudadanos ocuparse del colectivo. «Es, por lo tanto, una manera de ser y de vivir marcada por la idea de igualdad y de dignidad tanto cuanto de libertad. ¿Cómo este arte de convivir podría entrar en el mundo de la virtualidad, sin perder lo que le presta fuerza: el encuentro, la relación de solidaridad y de amistad?».

Otra cuestión muy relevante es la tarea cada vez más delicada de establecer la frontera entre las esferas pública y privada, indispensable para ubicar al ciudadano y constituir la ciudadanía. En la sociedad virtual esa frontera se desplaza y se desdibuja, haciéndose permeable y problemática. Para que el ciudadano esté presente, es necesario romper las amarras que lo atan al espacio privado, lo que parece poco probable de lograr a través de una intermediación electrónica por la cual él opera el correo electrónico, compra alimentos, solicita el lavado de ropa y vota. La confusión que se produce no parece favorecer a la democracia y al ciudadano, ahora virtual y aun más aislado en su soledad entre millones de otros virtuales. El eslabón social y cultural que lo une a su comunidad incluso está presente, pero el eslabón político exige un intercambio real entre hombres que se reconocen libres e iguales. La ciudadanía virtual no puede reducirse a una fatalidad impuesta por la técnica, tiene que ser un proyecto político y social.

La internet también provoca alteraciones sobre la referencia jurídica de los Estados nacionales. La cuestión de su reglamentación suscita, a su vez, otro dilema:

proteger el derecho y la libertad de escoger del ciudadano puede, no obstante, minimizar el instrumento electrónico como espacio de libertad y de creación de conciencia colectiva. Michel Bibent recuerda que ella posibilita que agentes privados de cualquier parte del mundo desencadenen acciones que interfieren en la libertad de elección del ciudadano: venta de productos *on line*, propaganda vía *e-mail* o ventanas obligatorias con ofertas de nuevos productos durante el acceso a internet. Luego de los atentados del 11 de Septiembre, los servicios de inteligencia, sobre todo norteamericanos, vienen rastreando y barriendo todo tipo de información *on line*, violando el derecho a la privacidad del ciudadano conquistado durante el último siglo. Para Bibent, internet puede estar tornándose un medio de dominación de las acciones cotidianas del individuo frente a la fragilización de la capacidad de acción del Estado para la protección de sus ciudadanos y a la ausencia de reglamentación en esa materia.

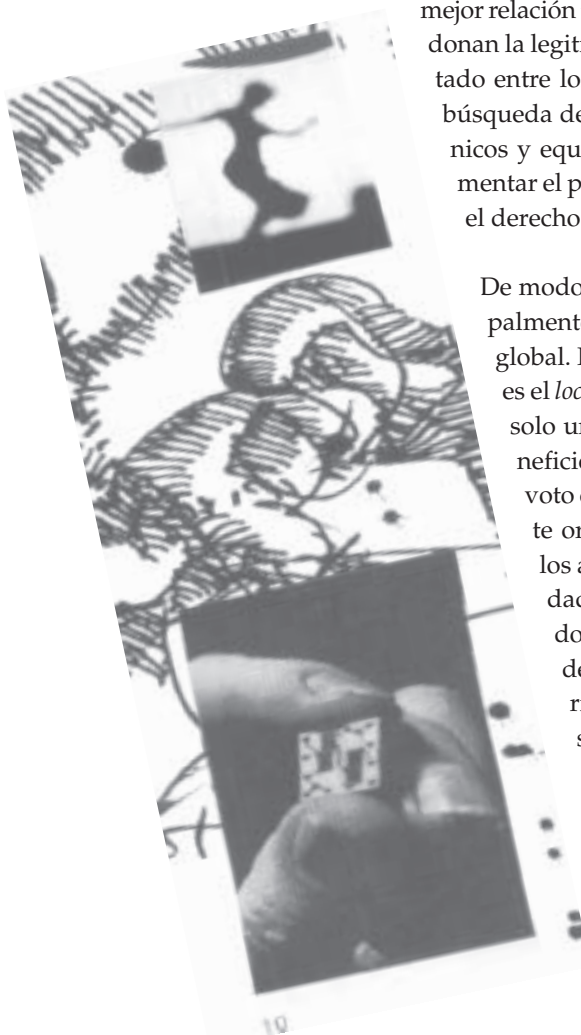
Como internet se hizo indispensable, se transforma en un instrumento tiránico de poder en las manos del sector económico, tendiendo a limitar las posibilidades de escogencia del ciudadano –que queda sometido a los medios electrónicos y a quien puede financiarlos– neutralizando la libertad de escogencia y de privacidad en el desarrollo de la vida cotidiana. Bibent considera indispensable una reglamentación democrática transglobal de internet como condición para la garantía de la libertad del ciudadano. En el caso de los países de la UE, ese proceso viene ocurriendo paulatinamente, pues están siendo construidas directrices sobre el control del comercio electrónico, relaciones sociales, delitos en general y de derecho de autor a través de la red. A diferencia de lo que ocurre en EEUU, donde el ciudadano no tiene ninguna protección jurídica contra los abusos provenientes de las actividades *on line*, la UE avanza hacia la consolidación de un derecho comunitario con marcos reguladores claros y de la jurisprudencia para la protección de su libertad ante los abusos de actores privados que utilizan internet.

Finalmente, más allá de internet, las nuevas tecnologías de la información tienen como rasgo peculiar que son procesos instrumentales en constante desarrollo, en el cual el inventor no tiene el monopolio de la creación, pudiendo los usuarios asumir su control. Además, la misma tecnología de la información utilizada en el proceso productivo y en la esfera financiera para acelerar los procesos de acumulación de capital viene a ser la materia prima para el conocimiento humano, fundamental tanto para el desarrollo de nuevos bienes y servicios como en actividades cotidianas de individuos y grupos sociales. Esa característica ha permitido la quiebra del monopolio del conocimiento y el desarrollo de nuevos productos y, como consecuencia central, posibilita que ellos sean utili-

zados para otros fines distintos para los cuales fueron inicialmente elaborados. Los individuos y las instituciones –y hasta las naciones– pasan a dominar recursos fundamentales para la ejecución de sus intereses, como fue el caso de la quiebra de patentes de medicamentos contra el sida.

En resumen, el saber es el factor más importante en la actual competencia mundial por el poder. Pero, en materia de ciencia y tecnología, ¿quién tiene el derecho de decidir por la sociedad? Mientras las instituciones y las tradiciones históricas están perdiendo fuerza, el ciudadano de la sociedad global de la información es abandonado a sí mismo, aun sabiendo que este «sí mismo» no basta. En el mundo posmoderno las técnicas obedecen al principio de la optimización de las *performances*: aumento del *output*; disminución del *input*. El objetivo no es lo verdadero, lo justo o lo bello, sino simplemente lo más eficiente. Lo que se cuestiona no es la verdad, sino el desempeño, o sea, la mejor relación *input/output*. El Estado o la empresa abandonan la legitimación social por el único discurso aceptado entre los financistas del mundo posmoderno: la búsqueda del lucro. No se invierte en científicos, técnicos y equipos para saber la verdad, sino para aumentar el poder cuya eficiencia legitiman la ciencia y el derecho.

De modo general, el Estado actual expresa principalmente los intereses dominantes de la economía global. Pero, paradójicamente, ese mismo Estado es el *locus* de una gran contradicción. Él no es tan solo un instrumento de los incluidos en los beneficios de la globalización; se legitima por el voto de millones de excluidos que, debidamente organizados, podrían ejercer influencia en los aparatos del Estado. El concepto de sociedad civil necesita ser recuperado, radicalizado y ampliado, a fin de abarcar los intereses de las muchas minorías –y hasta de las varias mayorías– que ya no se sienten representadas por la estructura política convencional. Para que los partidos políticos posmodernos vuelvan a ser representativos, necesitan lograr una voluntad colectiva que les permita inducir una re-



forma intelectual y moral que, además de las bases originales para una concepción del mundo, contenga las normas y los instrumentos para el control de las recientes tecnologías. A fin de construir un mundo mejor, utilizando los avances de las nuevas tecnologías en beneficio de las mayorías, sería necesario revisar el mito del progreso asumido por la sociedad global, radicalizando el ejercicio de la ciudadanía y de la práctica democrática. Caso contrario, el malestar posmoderno continuará profundizándose.

Bibliografía

- Beck, Ulrich: *Pouvoir et contre-pouvoir à l'ère de la mondialisation*, Flammarion, París, 2003.
- Beck, Ulrich: «A Questão da Legitimidade» en *Revista Humboldt* N° 87, Goethe-Institut, San Pablo, 2003.
- Boutros-Ghali, Boutros: «Rumo à Democracia Global» en *Folha de São Paulo*, San Pablo, 9/5/2004.
- Castells, Manuel: *A Galáxia da Internet: Reflexões sobre a Internet, os Negócios e a Sociedade*, Jorge Zahar, Rio de Janeiro, 2003.
- Castells, Manuel: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* vol. 1. «La sociedad red», Alianza, Madrid, 1998.
- Castells, Manuel: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* vol. 2. «El poder de la identidad», Alianza, Madrid, 1998.
- Debord, Guy: *A Sociedade do Espetáculo*, Contraponto, Rio de Janeiro, 1997.
- Derrida, Jacques: *Margens da Filosofia*, Papyrus, Campinas, 1991.
- Dewey, John: «Reconstruction in Philosophy» en *The Middle Works of John Dewey*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1983.
- Dewey, John: «Maeterlinck's Philosophy of Life» en *The Middle Works of John Dewey*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1978.
- Dupas, Gilberto: *Ética e Poder na Sociedade da Informação*, 2ª ed. revisada y ampliada, Edit. Unesp, San Pablo, 2001.
- Dupas, Gilberto: *Hegemonia, Estado e Governabilidade: Perplexidades e Alternativas no Centro e na Periferia*, Senac, San Pablo, 2002.
- Dupas, Gilberto: *Tensões Contemporâneas entre o Público e o Privado*, Paz e Terra, San Pablo, 2003.
- Dupas, Gilberto: *Atores e Poderes na Nova Ordem Global: Assimetrias, Instabilidades e Imperativos de Legitimação*, Unesp, San Pablo, 2005.
- Freitag, Michel: *L'oubli de la société: pour une théorie critique de la postmodernité*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2002.
- Giannotti, José Arthur: «O Jogo da Representação» en *Folha de São Paulo*, Caderno Mais!, San Pablo, 10/10/04.
- Habermas, Jürgen: *Conhecimento e Interesse*, Zahar Editores, Rio de Janeiro, 1982.
- Habermas, Jürgen: *O Discurso Filosófico da Modernidade*, Dom Quixote, Lisboa, 1998.
- Habermas, Jürgen: *Die Postnationale Konstellation*, Frankfurt del Meno, 1998.
- Jonas, Hans: *Le principe responsabilité*, Cerf, París, 1990.
- Lefort, Claude: «Nação e Soberania» en Adauto Novaes (org.): *A Crise do Estado-Nação*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2003.
- Lyon, David: «Surveillance in Cyberspace: The Internet, Personal Data and Social Control» en *Queen's Quarterly* 109 (3), 2002.
- Lyotard, Jean-François: *A Condição Pós-moderna*, José Olympio, Rio de Janeiro, 1998.
- Miaille, Michel: «O Cidadão Virtual» en *Mundo virtual - Cadernos Adenauer* N° 6 año IV, Fundação Konrad Adenauer, Rio de Janeiro, abril de 2004.
- Oliveira, Francisco de: *Aproximações ao Enigma: O que quer dizer Desenvolvimento Local?*, Programa Gestão Pública e Cidadania, Eaesp / FGV, San Pablo, 2001.
- Oliveira, Francisco: *Crítica à Razão Dualista*, Boitempo, San Pablo, 2003.
- Oliveira, Francisco: «Brasil: O Progresso Antigamente», Ciclo de seminários sobre a obra de Roberto Schwarz, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da USP, San Pablo, 23 de agosto de 2004.